



# RECUERDOS

CARLOS TELLETXEA

Son las tres y media de la tarde de un sábado del mes de mayo. Hace calor. Luis acaba de comer y se sienta en una butaca de la sala. La televisión, encendida por uno de los hijos a la espera de la película, continúa dando las mismas noticias de siempre. Luis no hace caso, fuma un "Ducados" mientras poco a poco el calor y la digestión le producen una sensación de sopor que lentamente se apodera de su cuerpo y sus ojos vencidos acaban cerrándose, mientras los recuerdos, aprovechando esta semiinconsciencia, asaltan su mente.

Los recuerdos llegan tumultuosamente como si el dique que los contenía y los represaba hubiera perdido de golpe su compuerta.

Se ve de niño a los siete años cuando empezó a trabajar en el campo, fuera de casa, sin ver a la madre más que los domingos. Cuando, cansado de estar fuera, un día se escapó y fue donde su madre, el padre le volvió a llevar. Hacía falta el dinero; eran muchos hermanos y él era el mayor. Esa fue su escuela: el campo, el granero y aquellos hombres que le enseñaron a trabajar.

Se ve de joven jugando a le peonza en el Paseo cuando fumaba a espaldas de su padre, hasta que el padre le dio oficialmente el primer cigarro, y cuando empezó a ir al baile... ¡Qué peleas tenían con los del pueblo de al lado y los días de fiesta que se quedaba toda la noche de juerga, aunque al día siguiente hubiera que trabajar! ¡Uf, qué tiempos!...

Y se acuerda perfectamente de cuando "se moceaba" con la que ahora es su mujer. ¡Cómo le engañaba a su suegra, que intentaba, sin éxito, vigilarlos en el baile, mientras ellos se marchaban por la puerta de atrás... y de las faenas que le hacía cuando, después de dejarla en casa, se iba a bailar con otras hasta que la novia le descubrió...

Se acuerda, ¡cómo no!, del día que llegó a Cáceres con otros mozos para hacer la "mili" y del día, aún más glorioso, de cuando se licenció.

Pero Luis ha olvidado ya el número de trabajos que ha tenido. Hizo de todo. De todo entiende, pero nada domina. Se acuerda de cuando preparaba el rancho en el campo, de cuando cuidaba cerdos, de cuando vareaba los olivos, de cuando... En fin, tantos trabajos y siempre sin dinero.

Se acuerda del día de su boda en el que estrenó zapatos nuevos, y de los quince días siguientes que tuvo fiesta, pero no porque no quisiera trabajar, sino porque era jornalero y estaba en paro. Se acuerda, cómo no, del nacimiento de sus primeros hijos y de lo que sufría cuando le pedían algo y no se lo podía dar, y cuando llegaba Reyes y siempre tenían los mismos regalos...

Se acuerda cuando se metió en el "Lusitania" con el billete y poco más, el profundo dolor de dejar atrás todo lo que era suyo: la mujer, los hijos, la tierra donde nació y todo porque un cuñado les decía en una carta que en Guipúzcoa había trabajo. Luis nada vendió porque nada tenía, y así, en una atardecer de agosto, cargado con su tristeza, llegó a Rentería como podía haber ido a cualquier otro pueblo. Sólo que aquí vivía su hermana. Pero

qué era Rentería: un pueblo cualquiera, y lo importante era trabajar para que la familia pudiera venir pronto.

¡Y en la de sitios que trabajó! Recuerda aún el calor que pasó en la cantera de San Marcos o del frío que soportó cortando los árboles helados del Jaizkibel, o haciendo la iglesia de Alaberga, hasta que por fin su familia pudo volver, de cómo se prometieron entre lágrimas no volver a separarse más...

Se acuerda también de lo duros que fueron los primeros tiempos, del "derecho a cocina", de cuando pidió una vivienda oficial y se la negaron porque le faltaba no sé qué papel, y de la alegría tan grande que sintieron cuando les dieron las llaves del piso en Galtzaraborda; pero lo que sudó para pagarlo; la de firmas que echó él que casi no sabía leer, pero por primera vez tenía algo que era todo suyo.

Poco a poco, recuerda, fueron mejorando. Compraron la televisión y algún verano que otro iban de vacaciones al pueblo, donde aún vivían sus padres, y allí con sus amigos que, como él estaban fuera, tomaba unos vinos del país, ese de un color marrónáceo, que tanto le gustaba.

Los hijos fueron creciendo y poco a poco se fueron casando —cómo se acuerda de la boda de la hija mayor—, y ahora, desde hace dos años, es abuelo.

Se acuerda de la última fiesta de cumpleaños de su nieta Edurne, cuando les propuso ir al "pueblo" y los hijos sólo ponían pegas: que si es muy aburrido, que no hay ambiente, que si la Magdalena..., y lo comprende porque sabe que esta es su tierra y se acuerda de lo que le costó separarse de la suya.

¡Aitona, despierta! Luis, sobresaltado, abrió los ojos y vio en sus rodillas a su nieta que jugaba con su paquete de ducados, haciendo como si fumara. Luis le sonrió y mirando el reloj exclamó para sí: ¡Uf!, me he quedado dormido. Es que con este calor, y se puso a jugar con su nieta.